

El ensayo

Rosa Beltrán

En este relato pleno de ironía, Rosa Beltrán se sumerge en los oscuros territorios del “arte del deterioro” en la pareja ante la proximidad de la muerte donde a veces la fidelidad del odio puede ser más poderosa que la del amor.

Desde que cumplí setenta años, entreno a mi mujer todas las mañanas a fin de que, llegado el caso, pueda asistirse en su viudez. A veces he pensado que es prematuro, pero las estadísticas me confirman que mis previsiones tienen un fundamento: los hombres nos vamos antes. Mis esfuerzos parten de un sentido del compañerismo que me es innato y de la compasión. ¿O alguien se ha detenido a pensar en las penalidades de la viuda cuando sus facultades menguan? Hay viudas que se quedan ciegas, sordas, cojas, etcétera. Una vez se supo del caso de una viuda amnésica que se empeñaba en cobrar su pensión a nombre de otra y pasó años sin conseguirlo. Mi mujer, cuando oye estas historias, se aterra. Por eso, para apaciguar su miedo, he decidido entrenarla en el arte del deterioro. Lo ideal sería ir de la cabeza a los pies, le digo, y la alecciono sobre las ventajas de ir siguiendo una lógica. Pensemos en los verdaderos problemas de las viudas. Las tuertas, por ejemplo. Apenas si logran que alguien repare en ellas. En general no las atienden, las mandan a otras ventanillas. Podrían despertar mayor interés si se decidieran por la solución radical: o los dos ojos o ninguno. Para practicar, le pongo un paño grueso en los ojos y le digo: ten ánimo. Lo primero es caminar por el cuarto sin tropezarse ni tirar los adornos. Ella no ha dado una vuelta y ya rompió la lámpara de pie. Para ser ciega eres muy mala, le digo. No usas las yemas de los dedos. No adelantas el pie mostrando verdadera preocupación por las cosas que se cruzan en tu camino. No comprendes que la esencia del desplazamiento del ciego es huir del obstáculo, tal como los que miran huyen de la tentación. ¿Qué tal si me tiras encima la jarra de té caliente? ¿Y cómo sé que no irás a tirarte por la ventana? Los cie-

gos palpan, tantean, abren bien los dedos tratando de emerger de las aguas profundas de esa otra falta de memoria que es la imposibilidad de ver. En cambio a ti, te siento demasiado confiada. Ella se disculpa, promete hacerlo de nuevo, prestando mayor atención. Al ver mi falta de convicción, se defiende. Dice que sabrá si corre peligro gracias al oído, que tiene finísimo. Yo condesciendo. Intentemos pues por el oído, le digo, no sea que te quedes sorda. Después de ponerle taponos, le ato cordones en los dedos anular y medio de los que tiraré cada vez que alguien llame a la puerta. Pienso adaptarle un artefacto que cumpla esta función cuando yo no esté. Ya antes probamos con un foco que encendía al accionar el timbre pero tardó horas en darse cuenta. Cuando se lo hice ver, dijo que la razón era que se confundía: no sabía si en ese momento era sorda o ciega. Fue entonces cuando opté por una solución integral. Le até cordones por todo el cuerpo: en una pierna, para avisar que algo ardía en la lumbrera, en los brazos para indicarle que alguien venía subiendo por la escalera. Todo en vano. Pese a su falta de pericia inicial fue mejor ciega que sorda. Le expliqué que el problema con la sordera es que si alguien se metiera a asaltarla no tendría forma de defenderse. Quise probar con la mudéz para potenciar el peligro de forma exponencial, pero ella tuvo una idea que no tuvo más remedio que aceptar. Los pies, querido, dijo, intentemos con las piernas y los pies. Pienso que ése sería mi verdadero Waterloo. ¿Cómo iría a cobrar la pensión si me quedara, digamos, paralítica? Ya se ve la clase de viuda que serás, respondí. Avarienta, aunque inválida. Comencé a preparar el terreno, pero viendo que me dejaba todo el trabajo, la insté a cooperar. Aunque suele ser bastan-

te torpe, en ese momento quiso lucirse y se esmeró. Dobló una pierna y sujetándola por detrás con una mano quiso presumir su hazaña: mírame, camino así, a saltitos, dijo. Le expliqué que no era suficiente con ir por el mundo de esa forma. Si las tuertas y las ciegas tienen problemas, las cojas los tienen mucho peores. Un cojo, por ejemplo, está condenado a la soledad. Jamás se ven cojos en compañía de otros cojos. No son como los ciegos que suelen andar en fila india, como un ejército desorientado pero solidario. Hay escuelas para ciegos, *tours* de ciegos, pero ¿hay acaso excursiones de cojos? Tuvo que admitir que no. Un cojo no es sólo un cojo, es una fórmula compensatoria que va más allá del pie: un cojo siempre está cojo de la compañía de otro. Un parálítico, en cambio, es el centro de atención. No hay quien se niegue a empujar su silla, aunque sea llevándolo por hoyos y barrancos. Quise invitarla a esta nueva opción. Ella se negó a arrastrarse, pero cuando aseguré que llegado el caso sería yo mismo quien empujaría la silla de ruedas, cayó al piso sobre las rodillas haciéndose algo de daño. Trató de andar con los muslos, pero la parte sobrante de la pierna le estorbaba. Las pantorrillas le impedían moverse y se le atravesaban como piedras sueltas que cambiaban de sitio con cada

posición. Por fin me miró y me dijo: Sería mejor no tenerlas, señalándolas. Yo sonreí, burlón. Ahora sí verás que la vida no es tan sencilla como parece. Sin embargo, no todo está perdido, dije. Nos queda la inmovilidad total, la parálisis. Con su consentimiento, la puse encima de la cama y la amarré. Ella alegó que en ese estado no habría forma posible de cobrar la pensión. Acostada sobre el lecho sin poder zafarse, ¿qué podría hacer? Argumenté que cuando no hubiera forma de moverse más, podría matar el tiempo recordando la cantidad de pasos que dieron sus piernas por el mundo. Si el tiempo fuera lo único que tuviera, ¿para qué querría matarlo?, replicó. Mi mujer, como puede verse, además de sorda y parálitica es necia. Por esta razón, decidí probar la solución final. ¿A ver, quién soy?, pregunté de pronto, para sorprenderla *in fraganti*. Eres ¿Mario! No. Eres ¿Agustín! No. Eres ¿José Ignacio! No. Tú lo que quieres es volverme loca, dijo por fin, enojada. Está bien, dejemos este ejercicio, consentí. No conocerás esta herramienta. Fue en ese momento cuando escuché un gemido conmovedor. No, suplicó, te pido que continuemos.

Los locos son convincentes a tal grado que acaban por tener la razón. **U**



Picasso, *Woman with Folded Arms*, 1901



Picasso, *The Old Guitarist*, 1903